

La relación entre el mundo cristiano y el Islam

Del peligro rojo a la amenaza del moro

Occidente ha debilitado a los sectores árabes más ilustrados y los fundamentalismos se han crecido

REYES Mate
El Periódico, 20-1-10

El Ayuntamiento de Logroño ha incluido en el calendario municipal las fechas del Ramadán y de la fiesta musulmana del sacrificio del cordero. Es una rareza que ha pagado con la protesta sonora por parte de quienes estiman que así «Jesucristo sale perdiendo respecto a Mahoma». Esta atención al islam suena a provocación en un tiempo como el nuestro en el que lo que se lleva es multar con 750 euros a las mujeres que lleven burka, como quieren algunos diputados franceses; extremar las medidas de seguridad en todos los aeropuertos del mundo, porque crece la amenaza yihadista, o prohibir la construcción de minaretes en medio de las pulcras ciudades suizas.

Disuelto el peligro rojo, emerge la amenaza mora, con la ventaja de que eso se nos da mejor porque Occidente dispone de un demoleedor imaginario moro, labrado durante siglos. *El Oriente creado por Occidente* fue el subtítulo que dió **Edward Saïd** a su célebre libro *Orientalismo*. Europa –y por tanto Occidente, que es *plusquam* Europa– siempre se ha mirado al ombligo. Siendo patria de la filosofía, se ha creído que es la sede de la razón, hogar de la ilustración y encarnación de la civilización humana. Recurrió a ese destino superior para conquistar las tierras americanas que no le pertenecían esgrimiendo la cruz, convirtió al continente africano en un mar de colonias gracias a su superioridad técnica y, recientemente, exportó la democracia a Irak a cañonazo limpio.

Si Europa era el centro, lo demás era lo excluido por Europa. Incapaz de tratar al otro como un *partner*, solo podía ver en el no europeo la encarnación de lo que ella rechazaba, despreciaba o temía. Entre esos otros demonizados, el moro se ha llevado la peor parte. Para el medioevo, encarnó al infiel; para el moderno, la prehistoria. En el imaginario colectivo representó al invasor, cuando fue fuerte, y al inmigrante irreductible a los valores occidentales, cuando ha sido pobre. El español acentúa si cabe esos rasgos malditos, pues no olvida los siglos de ocupación musulmana de la Península ni tampoco a las milicias marroquíes en las tropas de **Franco**.

Claro que no se puede negar que existe el terrorismo de origen islámico. Lo sabemos bien en España. Y es innegable que este terrorismo es una amenaza creciente que obliga a combatirlo. Pero algo estamos haciendo mal para que el peligro crezca cuanto más lo combatimos. La estrategia diseñada por EEUU –que pasa por la guerra en Irak, ahora en Afganistán, el acoso a Irán y la sospecha sistemática del moro– es como apagar un incendio con gasolina.

Hemos conseguido debilitar los sectores más ilustrados dentro del mundo árabe y se han crecido los fundamentalistas. Crece la lista de líderes árabes modernos y moderados perseguidos por los reaccionarios de dentro y marginados por los supuestos civilizadores de fuera. Ha habido y hay intelectuales reformistas que se sienten aislados porque suman a las persecuciones de dentro el desprecio de los colegas de fuera. Domina, en efecto, entre estos intelectuales la preocupación por cohonestar tradición con modernidad, religión con democracia. Los intelectuales europeos los miran con gesto de superioridad porque piensan que esos intentos quedan lejos de lo que en su momento plantearon **Locke, Voltaire** o **Lessing**. En Occidente, se dicen a sí mismos estos genios europeos, hay una teoría de la tolerancia seria basada en valores universales, como la razón, y no en asuntos privados e incontrolables como la religión. Pero razonando así nos engañamos a nosotros mismos, porque la Ilustración europea nunca abandonó el suelo del cristianismo, por mucho que el uno fuera deísta y el otro agnóstico; y también porque en la historia del islam abundan momentos de máxima tolerancia.

En lugar de estos juicios sumarísimos sobre la posible o imposible relación entre islam y

democracia, haríamos mejor en tomar nota de algunos notables casos de acercamiento inteligente a los problemas de estos pueblos. Por ejemplo, repasar lo que cuenta **Calderón de la Barca** en su obra *El Tuzaní de la Alpujarra* en la que lleva a escena los sucesos de la guerra de la Alpujarra. Para los historiadores, esos sucesos determinaron la expulsión de los moriscos, en 1609. El dramaturgo, sin embargo, se centra en un caso de exterminio local. Tienen que morir porque se rebelan contra un poder político que no respeta los acuerdos. Hay un personaje menor, el morisco Alcuzcuz, el gracioso, que merece atención. Este morisco se salva porque en el momento oportuno enmudece. El precio de su vida es el silencio. Se le perdona la vida porque renuncia a hablar. Pero ¿qué vida le espera, se pregunta el dramaturgo **Juan Mayorga** que ha rescatado la obra, si para vivir tiene que renunciar a «tener fiestas, hacer zambras, vestir sedas, verse en baños, juntarse en ninguna casa, ni hablar en su algarabía», como había decretado **Felipe III**?

Sin pretender descargar a los terroristas de sus responsabilidades, hora es de preguntarnos si esta explosión de violencia asesina, muchas veces suicida, no es el resultado de una historia de negación del Oriente Próximo por un Occidente ensimismado.

*Filósofo e investigador del CSIC